

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 67– 6 de noviembre de 2015

ESPECIAL

Sobre Hispanidad (3)

En este número

1. La herencia española en los símbolos de EEUU
2. Españoles e indios murieron juntos por su fe, P.J.G./ReL
3. Lo que nos une: algo más que la historia común, José Javier Esparza

La herencia española en los símbolos de EEUU

Entre las grandes hazañas protagonizadas por España en el pasado y que los españoles de hoy ignoran, está la exploración y conquista de muchos de los territorios que hoy comprenden los EEUU. Y es que mucho tiempo antes de que ningún otro europeo pusiera un pie en tierras

estadounidenses, los españoles ya habíamos clavado nuestra bandera en dichos confines. Durante más de tres siglos, nuestros hombres fundaron ciudades,

fortificaciones, misiones y poblados a lo largo y ancho de todo el territorio americano, desde las sureñas tierras de Texas hasta la mismísima Alaska, donde



Virreinato de Nueva España en 1810

hoy sigue habiendo ciudades como Valdez o Cordova que recuerdan nuestra gesta y donde

dejamos un legado imborrable que abarca gran parte de la costa norte del Pacífico, llegando hasta los confines de la actual Rusia.

Durante el tiempo que transcurre del siglo XVI al XIX, nuestros hombres tuvieron tiempo de ser los primeros europeos en cruzar el río Misisipi, atravesar el desierto de Nevada, avistar el Gran Cañón del Colorado o fundar ciudades tan importantes como Los Ángeles, San Francisco o San Agustín (en Florida, la ciudad más antigua de los EEUU que aún conserva nuestra preciosa fortaleza, con la bandera española aún hoy ondeando en lo alto). Asimismo, mucho antes de que los ingleses comenzaran la gran masacre de indígenas americanos, y siglos antes de que Hollywood rodara sus primeras películas del «*Far West*», los españoles ya tomamos contacto, combatimos y pactamos con las grandes naciones y tribus indias de Cheyennes, Sioux, Arapahoes o Navajos. Incorporamos a nuestro Virreinato de la Nueva España territorios tan conocidos como Arizona, California, Nuevo México, Texas, Luisiana o la Florida, y le dimos su nombre a las islas canadienses de San Juan, López, Fidalgo y Cortés.

Nuestros antepasados combatieron, exploraron y conquistaron inmensos territorios contando con una escasísima capacidad y recursos, dejando un legado hoy casi desconocido para muchos pero que debemos esforzarnos en recuperar con orgullo en el nombre de nuestra historia y de nuestro país, que ha sido grande como ninguno. Nombres gloriosos como los de Cabeza de Vaca, Menéndez de Avilés, Vázquez Coronado, Hernando de Soto, Ponce de León, Fray Junípero Serra o Juan de Oñate estarían grabados a fuego en la cabeza de todos los ciudadanos del país si en lugar de haber nacido españoles hubieran sido ingleses o estadounidenses... Los españoles, ¡a veces tan poco agradecidos con nosotros mismos y con nuestro pasado!

Porque poca gente sabe que Madrid no es solamente la capital de España, sino que en Estados como Alabama, Nebraska, Iowa, Nueva York o Virginia, también hay ciudades que llevan su nombre. Tampoco es conocido por muchos españoles el hecho de que el emblema de Castilla siga luciendo hoy en lo alto del mismísimo Capitolio de Texas. Pues bien, éste artículo pretende datar brevemente, con nombres y apellidos, los principales símbolos oficiales relacionados con España que aún perduran en la actualidad en los Estados Unidos y que hacen honor a nuestro legado. Hay muchos más, pero quiero recordar los que considero principales. Son los siguientes:

Símbolo del dólar

Poco antes de que los españoles descubriéramos América, el Rey Fernando el Católico había adoptado para el emblema de la nueva España las Columnas de Hércules, que entrelazó con una cinta sobre la que escribió la frase «Non plus ultra» que significa «nada más allá» y que hacía referencia a que ya no había nada más allá (del mundo conocido). Pero cuando Cristóbal Colón conquistó el nuevo continente, aquel lema se modificó, cambiando al «Plus Ultra» que nos ha acompañado hasta hoy y que indica que sí había algo más allá (América). Una vez incorporado este escudo a la oficialidad de nuestro Reino, y cuando tras las primeras conquistas los españoles fuimos acuñando moneda a lo largo y ancho de América, el símbolo de las Columnas de Hércules empezó a estar presente en todas las monedas acompañando a la figura de nuestros sucesivos Reyes. Siglos después, y aunque ya no conservemos la soberanía sobre dichos territorios, muchas naciones americanas conservan el españolísimo símbolo como representación de sus monedas. Entre ellos, los EEUU.



Bandera confederada

La bandera confederada, diseñada por el congresista americano William Porcher Miles y utilizada básicamente en operaciones militares, ha sufrido cambios a lo largo de la historia pero siempre ha estado vinculada a España (inicialmente estaba compuesta de



tres franjas horizontales con los colores de nuestra bandera), y hoy lleva con orgullo sus trece estrellas de los Estados del sur americano, apoyadas sobre el Aspa de San Andrés, símbolo de la antigua bandera de España

Bandera de la Florida

Se trata de la última de varias banderas que ha tenido La Florida a lo largo de su historia. Ésta, diseñada en 1900, incorpora el escudo del Estado sobre la antigua bandera imperial española, la Cruz de Borgoña o Aspa de San Andrés, sobre fondo blanco. Señalar que en el fuerte de San Agustín, primera ciudad y primer fuerte construidos por los europeos en todo Estados Unidos, aún ondea nuestra bandera en lo alto de su torre del homenaje.



Bandera de Alabama

La actual bandera del Estado de Alabama, también fundado por nosotros, fue aprobada el 16 de febrero de 1895. En ésta ocasión, los de Alabama quisieron conservar simple y llanamente la bandera que había dominado sus destinos durante tres siglos. Sin modificaciones. La antigua bandera imperial de España con el Aspa de San Andrés sobre fondo blanco.



Bandera del Estado de Arizona

En este caso, la bandera de Arizona incorpora una estrella de color bronce en su centro en recuerdo de su pasado minero. Pero en la franja superior, que es la que nos interesa, vemos las trece barras que representan a las 13 colonias originales fundadas en el Estado, que llevan los colores rojo y gualda, en honor al Imperio Español y a nuestros conquistadores.



Bandera de Nuevo México

Los ciudadanos de Nuevo México también quisieron honrar a España con su bandera. Y es que dicha bandera, que incorpora en su centro uno de los símbolos indígenas de la tribu neomexicana «Zia», también lleva los colores rojo y gualda de nuestra bandera en honor a nuestros exploradores, a España y a su Rey.



Bandera y escudo de Montana

El lema del Estado, que figura en la bandera y el escudo de Montana, originalmente vinculada a la Luisiana española, hace referencia, en español, al pasado minero que introdujimos los españoles en la región. Literalmente dice «Oro y Plata».



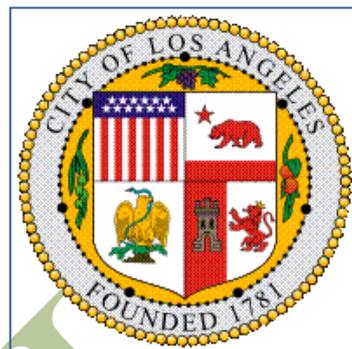
Escudo de Texas

El escudo de este importantísimo Estado americano también tiene presente a España. Y es que incorpora las 6 banderas de las 6 naciones que han ejercido su soberanía sobre dicho territorio. En ésta ocasión, nuestra bandera moderna con el escudo de la época, luce en su parte superior derecha.



Escudo de los Ángeles

El escudo de la ciudad de Los Ángeles, que tantas veces hemos visto en las películas de Hollywood, también tiene reminiscencias claras de nuestro legado fundador. En su cuartel inferior izquierdo, vemos claramente el emblema de Castilla y León, que representa su fundación como ciudad española, y en la parte baja vemos reseñado el año de su fundación por España.



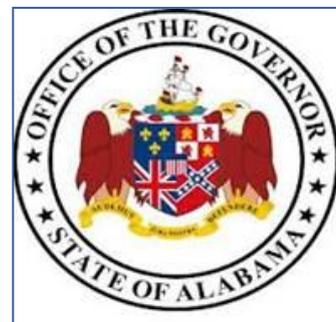
Escudo de Puerto Rico

El escudo de este Estado Libre Asociado, tan cercano en su amor y fidelidad a España, botín de guerra de los EE.UU en la guerra hispano-norteamericana de 1898 y territorio no incorporado a los EE.UU - pertenece a los EE.UU pero no forma parte de ellos-, es plenamente hispánico. El escudo de Puerto Rico fue otorgado en 1511 por la Corona Española, y es el más viejo del Nuevo Mundo. Fue adoptado nuevamente en 1976 por el gobierno del Estado Libre Asociado de Puerto Rico.



Escudo de Alabama

Por último, varios de los escudos utilizados actualmente en el Estado de Alabama, también recuerdan a nuestra patria, pues en su cuartel superior izquierdo nos tienen presentes a través de nuestro escudo de Castilla y León, como patria fundadora que fuimos.



**Españoles e indios murieron juntos por su fe:
la causa de canonización de 82 mártires de la Florida**

P. J. G. / ReL

Con la visita del Papa Francisco a Estados Unidos, la canonización de San Junípero Serra, apóstol de California, y el 450º aniversario de la fundación de San Agustín de la Florida, la más antigua ciudad cristiana en el país, cobra fuerza un nuevo proyecto de la Iglesia norteamericana e hispana: la beatificación de los Mártires de la Florida, españoles e indios que murieron juntos por su fe. La causa de canonización se abrirá el 12 de octubre, día de la Hispanidad.

Se trata de un nutrido grupo de 82 personas, que incluye a misioneros franciscanos, dominicos,

un jesuita, monaguillos y fieles indios católicos, jefes de tribu, soldados españoles e incluso un franciscano nacido en San Agustín, Agustín Ponce de León, que sería el primer mártir sacerdote nacido en tierra de los actuales EEUU.

Fueron asesinados en diversos escenarios:

-un grupo de dominicos, veteranos de la evangelización en Puerto Rico y Guatemala, murieron martirizados por indios salvajes en 1549 en Tampa;

-el jesuita Pedro Martínez fue martirizado en 1566 donde hoy estaría Jacksonville, por indios incitados por protestantes franceses;



Cuadro del Museo de Ocmulgee representando al ejército inglés e indio de James Moore que destruyó las misiones franciscanas, esclavizó a los apalachee y torturó a clérigos y civiles desarmados

-una revuelta india en 1647 quemó 7 de las 8 iglesias franciscanas de la región de Apalachee, en Tallahassee; los indios torturaron y quemaron vivos a 3 franciscanos, 9 indios conversos y a la familia del gobernador de una misión (arrancaron el bebé de las entrañas de su mujer embarazada);

-en 1696, en Florida central, indios rebeldes de un pueblo vecino mataron al franciscano cubano Luis Sánchez y sus dos monaguillos indios, que se negaron a blasfemar y perdonaron a sus asesinos;

-la mayoría de los mártires fueron

asesinados en la región de Apalachee entre 1704 y 1706 por ataques de tropas inglesas, unos 50 soldados al mando del coronel James Moore, apoyados por 1.500 aliados indios paganos. Destruyeron las misiones franciscanas y torturaron a los indios católicos y a los misioneros. Entre los mártires destaca Baltasar Francisco, un viejo soldado de Tenerife, el jefe indio Don Patricio de Hinachuba y el padre Agustín Ponce de León, nacido en Florida, que se entregó intentando salvar a dos muchachos indios.

Antes de la persecución, Don Patricio de Hinachuba, que hablaba bien español, había escrito una carta al rey en 1699 denunciando ciertos abusos y el rey respondió en 1700 con órdenes para las autoridades civiles: «Deseo grandemente que estos pobres caciques y nativos sean bien tratados y que los ayudéis, protejáis y defendáis, como es vuestro deber y he ordenado en repetidas cédulas». Cinco años después, los ingleses destruían a sangre y fuego estas comunidades.

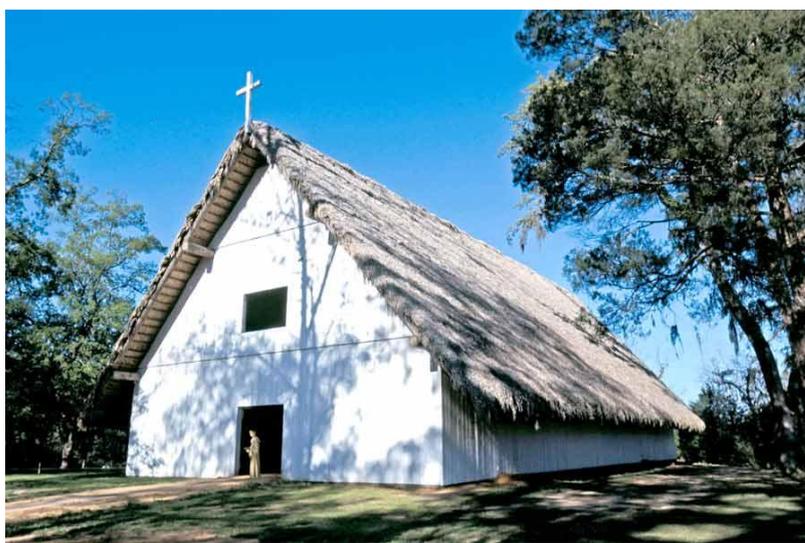
Ya en 1704 el Papa Clemente XI creó una primera comisión para estudiar los martirios y documentar los sucesos de los indios apalachee.

«Se están haciendo muchos intentos por revivir su historia», ha explicado a ABC el rector de la catedral de San Agustín, el padre Thomas S. Willis. «Nuestro obispo, Felipe Estévez, está

trabajando con diligencia para contar la historia de los mártires de Florida. Otra organización impulsada por laicos se ha creado en la última década para difundir entre el público general y en las escuelas la historia de los misioneros y los mártires. Las celebraciones del 450 aniversario de San Agustín son un buen momento para renovar el interés por estos religiosos heroicos».

El precedente de San Junípero Serra y que el Papa sea un hispanohablante jesuita con sensibilidad misionera de frontera americana debería ayudar a avivar este proceso.

Willis explica que «los sacerdotes y misioneros que sirvieron a finales del siglo XVI y a lo largo del XVII en Florida, estuvieron totalmente comprometidos con la llegada de la fe cristiana a estas tierras. Por tanto, desde el principio esa identidad católica fue parte esencial de cuanto se hizo en San Agustín y en las misiones fundadas a partir de aquí. A pesar del desarrollo de una cultura más secularizada en el último medio siglo, las raíces del cristianismo católico permanecen fuertes y, en muchos aspectos, aún moldean los debates políticos y religiosos de nuestro país».



Reconstrucción de una iglesia de la misión franciscana en Tallahassee, Florida

En el caso de Florida, Willis recuerda que «los franciscanos se tomaron tiempo en aprender la lengua y la cultura locales antes de impartir catequesis. Si bien es cierto que hay historias de conflicto y muerte muy, muy tristes, también otras historias sobre el bien que estos misioneros trajeron aquí a los pueblos indígenas. Hay historiadores que dicen que los nativos aquí estaban, de hecho, mejor formados que los europeos que vivían en aquella época en la villa de San Agustín. ¿Por qué? Porque los misioneros pudieron emplear más tiempo útil con los nativos que con sus hijos».



Misa en el lugar donde se quiere alojar un centro y santuario de recuerdo de los Mártires de Florida

que los nativos aquí estaban, de hecho, mejor formados que los europeos que vivían en aquella época en la villa de San Agustín. ¿Por qué? Porque los misioneros pudieron emplear más tiempo útil con los nativos que con sus hijos».

Misa en el lugar donde se quiere alojar un centro y santuario de recuerdo de los Mártires de la Florida

El 12 de octubre de 2015, fiesta de la Hispanidad, en recuerdo del día del descubrimiento de América, al abrirse oficialmente la causa diocesana de canonización de 82 mártires de la

Florida, españoles e indios, podrán ser nombrados ya Siervos de Dios. Una convención sobre estos mártires en enero de 2014 con historiadores y teólogos ya inició el camino de divulgación de sus historias.

En enero de 2015, el doctor Waldery Hilgeman de Missio Pastoralis en Rome aceptó ser el postulador que promueva la beatificación. Le acompañan 4 vicepostuladores: el dominico Alberto Rodríguez López por los mártires dominicos; el padre Wayne Paysse por los mártires

indios; Sixto J. García para el mártir jesuita y el padre Bill Wilson para los mártires franciscanos.

Lo que nos une: algo más que la historia común

José Javier Esparza

El 12 de octubre de 1492, viernes por más señas, tres barcos capitaneados por Cristóbal Colón tocaban tierra en lo que el navegante creía que eran las Indias, o sea, Asia. La historia es bien conocida: los turcos habían cerrado el Mediterráneo, España necesitaba acceder a los mercados de oriente y Colón llegó diciendo que él conocía una ruta occidental. Pero lo que había al otro lado no era Asia, sino otra cosa: las Indias eran América.

Lo mollar de la cuestión es esto: lo que empezó a nacer en 1492 y crecería sin tregua durante los dos siglos posteriores fue un mundo nuevo que ya no era la América indígena ni tampoco una simple prolongación colonial de la metrópoli. En el suelo americano surgió una realidad histórica nueva con sus propias características culturales, políticas, religiosas, sociales y hasta raciales. No es que la América hispana y España compartan una historia común: es que nuestra historia es la misma. Allí nació algo que lleva nuestra sangre pero cobró vida propia, y la cobró mucho antes de las independencias del XIX. Por eso somos hermanos.

Contra la leyenda negra

Hay una tendencia bastante enfermiza a examinar la conquista de América bajo la luz de sus aspectos más siniestros. Según cierta vulgata muy en boga hoy en nuestro país, España llegó a América, arrasó el paraíso, diezmó a los pueblos felices con un genocidio brutal, esclavizó a los indios y les infligió torturas sin fin para convertirlos al cristianismo. Todo esto es simplemente falso. Hoy nadie con un mínimo rigor puede hablar de genocidio. El genocidio presupone una voluntad de exterminio que jamás existió en la política española en América. Al contrario, es el primer caso de conquista en toda la historia que proscribió desde el principio la esclavitud de los vencidos, persiguiendo a quienes vulneran esa prohibición y tolerando un proceso de mestizaje. Sí hubo una catástrofe demográfica sin paliativos que diezmó a la población amerindia, y hoy todo el mundo sabe (o debería saber) que obedeció, sobre todo, a los virus llevados a América por los españoles, por sus animales domésticos y, después, por los esclavos.

Falso es también el tópico de los indios torturados por la Inquisición. La labor de la Inquisición en América fue comparativamente minúscula. Por ejemplo: una sola ejecución en todo el siglo XVIII. Y sobre todo, rarísima vez se aplicó sobre los indios: los casos tempranos (el cacique Don Carlos de Texcoco, los tres indios de Tlaxcala) fueron tan polémicos en Nueva España que llevaron a la propia Inquisición a prohibir expresamente que se persiguiera a los indios, «neófitos en la fe». Léase la Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima, de José Toribio Medina, por poner un sólo ejemplo. En cuanto a la esclavitud, sabemos que la historia de la colonización es una permanente pugna de la Corona y la Iglesia contra quienes querían implantarla. Hubo, sin duda, otras formas de explotación de los indios, pero no la esclavista. Esa la hubo, y muy brutal, en la América pre-hispana, entre los propios pueblos indios.

Los indios, sí. Y por eso abrieron el camino a los españoles. Cuando uno cuenta la historia de la conquista se fija siempre en los grandes héroes (Núñez de Balboa, Cortés, Pizarro), gentes que desafiaron a poderes de extraordinaria amplitud y vencieron. Las gestas de estos personajes son en verdad escalofriantes, pero ninguna conquista hubiera sido posible sin el concurso – interesado y vehemente – de las propias tribus indias. Santo Domingo lo conquistaron los Colón, pero lo hicieron gracias a los taínos que les ayudaron para quitarse de encima a los caribes, que gustaban de comérselos a pedacitos. México lo conquistó Hernán Cortés, sí, pero sus manos y sus

pies fueron los centenares de miles de tlaxcaltecas, tepeaqueños, etc., que se le unieron porque estaban hasta el gorro de los mexicas (o aztecas). El Perú lo conquistó Pizarro, sí, pero quienes le llevaron literalmente en andas fueron las decenas de miles de huancas, chachapoyas, cañares y yanaconas, entre otros, que le abrieron camino porque ya no soportaban más a los incas. Y así sucesivamente.

Roma y España

Las civilizaciones amerindias tienen muchos aspectos fascinantes, pero se derrumbaron al primer contacto con el exterior porque eran más primitivas y menos aptas para la convivencia organizada que la civilización invasora. Exactamente igual que pasó en España con las culturas ibéricas y célticas aplastadas por Roma. Por lo demás, hoy la población indígena de la América hispana se estima entre 40 y 50 millones de almas, según los distintos tipos de censo. La de la América anglosajona no llega a los dos millones.



A propósito de Roma: no sabemos cuántos celtíberos fallecieron durante la latinización de la península, pero no por eso renunciamos a ser herederos de Roma, ¿verdad? De la semilla que plantó Roma en Hispania nació una entidad singular con una sociedad mestiza – hispanorromana–, con estructuras económicas y políticas evolucionadas, con una lengua latina que terminaría alumbrando las distintas lenguas españolas, después con una religión que unificó a los hispanos –el cristianismo– y, en fin, con una cierta conciencia de pertenencia a un mundo común. Es interesante aplicar el mismo esquema a la conquista española de América, porque el modelo es muy semejante. Con la salvedad de que allí, en América, no desaparecieron los pueblos nativos, sino que numerosas culturas precolombinas siguen existiendo hoy, y los misioneros predicaron la fe en la lengua de los indígenas.

Pero ahora fijémonos en lo demás: cosas que ninguna otra potencia imperial hizo nunca –y apenas haría después– en la Historia universal. Desde el mismo codicilo del testamento de Isabel la Católica, en 1504, se proscribió la esclavitud de los vencidos: es la primera vez en la Historia que una potencia vencedora hace algo semejante. Desde 1511 la Iglesia denuncia los abusos sobre los indios y desde el año siguiente ya hay una legislación específica que sería renovada en momentos sucesivos y siempre en la misma dirección: la protección de los indígenas, lo cual en la práctica implica el designio de crear una sociedad nueva sobre bases de justicia. El momento cumbre de este proceso llegará cuando Carlos I ordene detener las

conquistas hasta tener la certidumbre de que obra conforme a la moral; será la Controversia de Valladolid, entre 1550 y 1551, de cuyos debates nace la primera formulación de lo que hoy llamamos derechos humanos. Nunca había pasado nada igual.

Simultáneamente España ampara un proceso de mestizaje que es fruto directo de las circunstancias. La mayoría de los pueblos amerindios utilizaban a sus mujeres como moneda de cambio, de manera que los españoles –inicialmente muy pocos– se encuentran rápidamente con mujeres nativas e hijos mestizos. Desde el punto de vista español de la época, nada malo había en ello si la cónyuge era bautizada y la relación devenía en matrimonio. En 1553 Felipe II promulga la primera legislación para proteger a los niños mestizos sin padre conocido y en 1557 se funda el primer colegio para niños mestizos pobres.

El mundo virreinal

Lo que está naciendo ahí no es una colonia como las que Portugal había sembrado en África y Asia, o como las que Inglaterra empezará a levantar a partir del siglo XVII, sino que es una sociedad con personalidad propia que aspira a regirse a sí misma. Desde el primer momento se erigen catedrales: Santo Domingo en 1512, México en 1523, Lima en 1535. Y también desde el primer momento surgen universidades, según el modelo español, destinadas a la educación de la elite autóctona: Santo Domingo en 1538, Lima y Méjico en 1551. Cabe recordar que Inglaterra nunca fundó universidades en sus colonias americanas. Gran Bretaña estructuró su imperio con el ejército y el ferrocarril. España lo hizo con la religión y una ingeniería política enteramente nueva.

Ingeniería política, en efecto, porque los virreinos son entidades políticas que generan su propia personalidad. La organización del territorio, las vías comerciales, las rutas marítimas e incluso la protección militar de las Indias quedaron siempre bajo la responsabilidad de cada virreinato. Y no debieron de hacerlo tan mal cuando el invento sobrevivió tres siglos sin alteraciones dignas de mención ni guerras civiles. Menos guerras, desde luego, que las que sacudirían ese mismo territorio después de la independencia. ¿Más blasones? Por ejemplo, este: la América española fue el primer escenario de la vacunación masiva contra la viruela en fecha tan temprana como 1803, es decir, sólo siete años después de su invención por Jenner, y antes de que Napoleón la hiciera obligatoria en sus ejércitos.

Todas estas cosas son tan verdad como los episodios más o menos truculentos de la conquista. Y son precisamente las cosas que diferencian a la huella española en América de cualquier otra aventura imperial en la historia de Europa. España no se trasplantó a América; España se injertó. Así nació una realidad autónoma, con vida propia. Porque las Indias, como decía el argentino Ricardo Levene, nunca fueron colonias. Desde este punto de vista, que los virreinos terminaran ganando su propia independencia era inevitable. Y es interesante, porque en los textos de Vitoria sobre la conquista de las Indias, en pleno siglo XVI, se contempla ya la emancipación de los territorios americanos como objetivo natural de la acción misionera española.

¿Lo que nos une? El cordón umbilical. Un tipo de unión que permanece aunque el cordón se corte.

Lo que nos separa

Hoy una parte notable de la opinión hispanoamericana vive en la convicción de que la culpa de todos sus males la tiene España. Los españoles «se llevaron nuestro oro», «arruinaron nuestras culturas», «exterminaron a nuestra gente», etcétera. Eso lo dicen personas que se apellidan Martínez o Echevarría (o Chávez) y que en general son mestizos o blancos, es decir, descendientes directos de los que cometieron aquellos crímenes que ellos imputan a un enemigo exterior. Este discurso tiene algo de psicopatológico, pero está profundamente arraigado en parte de la sociedad hispanoamericana, hasta el punto de preferir el término

francés «Latinoamérica» para así desprenderse de la odiada hispanidad. Ese antiespañolismo es muy temprano: nació en los primeros momentos de la emancipación, a principios del XIX, como fundamento retórico de las nuevas repúblicas; resurgió con fuerza en los años 60, en la estela de los movimientos anticolonialistas del tercer mundo, y hoy lo han recuperado los ideólogos bolivarianos. El venezolano Nicolás Maduro proclamaba en un reciente viaje a China: «Ahora estamos deslastrándonos de los siglos de colonialismo, dominación y esclavitud que sufrimos, ahora comenzamos a ser independientes». Venezuela lleva casi doscientos años siendo independiente, como México y Argentina. Son estados más viejos que la Alemania o la Italia modernas, o que Bélgica o la India. La persistencia del discurso victimista podría no ser otra cosa que la coartada de una clase política poco edificante para mantenerse en el poder mediante la invención de un chivo expiatorio. Deberían reflexionar sobre eso en ultramar

Tomado de *La Gaceta*

ESPECIAL